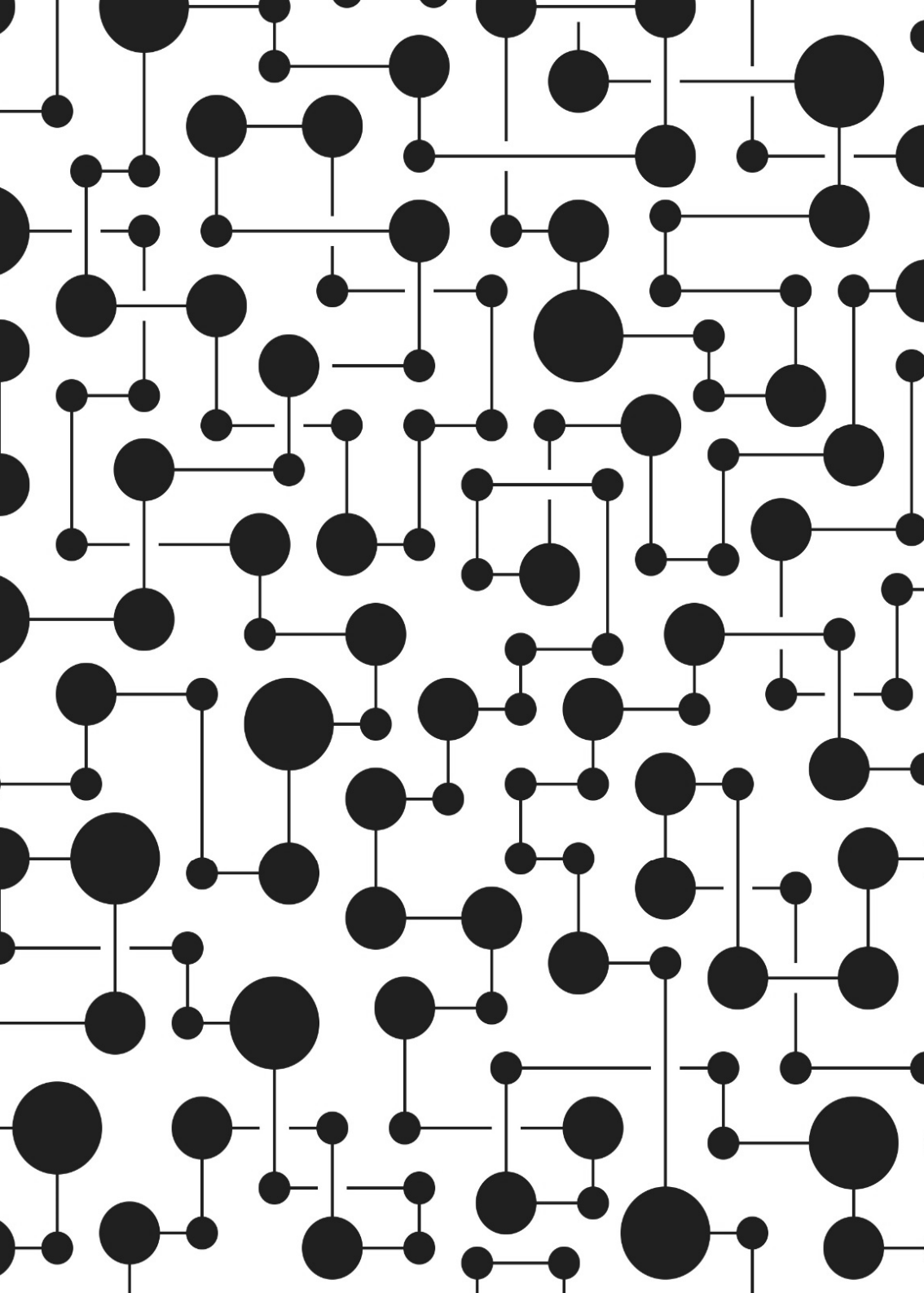


La dignidad de los Sefardíes



Primera Edición: mayo 2016

La dignidad de los Sefardíes

Editado y producido por:

Punto Rojo Libros, S. L.
info@puntorojolibros. com

Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España

Derechos reservados © 2016, respecto a la primera edición en español, por:

© Raúl Uriszar-Aldaca
© Diseño de portada: Ernesto Uriszar-Aldaca
© Punto Rojo Libros, S. L.

Impreso en España Unión Europea
ISBN: 978-84-16722-86-0
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Raúl Urizar-Aldaca

La dignidad de los Sefardíes

Índice

Capítulo 1 9
Capítulo 2 23
Capítulo 3 39
Capítulo 4 57
Capítulo 5 75
Capítulo 6 87
Capítulo 7 99
Capítulo 8 113
Capítulo 9 125
Capítulo 10 135
Capítulo 11 149
Capítulo 12 161
Capítulo 13 179
Capítulo 14 201
Capítulo 15 215
Capítulo 16 227
Capítulo 17 241
Capítulo 18 257

Capítulo 19.....277
Capítulo 20.....293
Capítulo 21.....311
Capítulo 22.....329
Capítulo 23.....347
Epilogo.....453

Capítulo 1

Abrí el armario y compuse con celeridad la maleta para el viaje. Como siempre, me había dormido en los laureles de mi despacho de la Universidad y llegaba tarde para coger el avión. Menos mal que en mi armario, podía encontrar todo lo que necesitaba para largarme de allí echando chispas.

El curso académico había finalizado y me disponía a pasar una temporada con mi colega Marcos en Paris, lugar donde había conseguido por méritos propios y por el dominio del idioma, una plaza de Catedrático titular de Historia en la Universidad de Paris-Sorbonne.

Siempre me dio un poco de envidia por su impoluto expediente universitario, pero el que vale, vale, y yo me había lucido en los idiomas pero en los estudios había dejado bastante que desear, aunque conseguí salvar con honra el expediente en su día.

Antes de salir del despacho, a modo de despedida, ritual o manía, coloqué mi mesero con cuidado en la posición que más me gustaba.

"Ramón Aller Manrique-Profesor de Historia Medieval". Esas son las palabras que figuran en el mesero de marras y por supuesto, ése es mi nombre.

Cogí la maleta una vez llena con todo lo necesario y bajé por las escaleras, con sigilo, intentando superar el arco de seguridad sin que éste avisara de mi presencia, pero me fue imposible: un bip, bip, bip, consiguió que mis amigas Maribel y Pilar se pusieran en alerta.

—Pero ¿se puede saber dónde vas tu tan calladito? —dijo Maribel.

—¡Y encima sin fichar, seguro! —sentenció Pilar.

Ambas son buena gente y se encargan de que nadie se escape y acceda a la Universidad a su "bola" controlando los accesos al recinto.

—¡Vale, vale, me rindo¡ ¿Qué queréis?

—¿Dónde vas? —me espetaron.

—A Paris de la France, mon amours.

—Pues ya estás teniendo un detallito con estas chicas que cuidan de ti.

—Por supuesto, Mademoiselles —las contesté inclinándome y haciendo una reverencia.

Me dieron dos besos y nos despedimos para lo que quedaba de verano, pues claramente mi intención no me traía de nuevo a la Universidad.

—Au revoir!!! —les dije alzando la mano en despedida.

—Disfruta y ya nos contarás a la vuelta.

—Disfrutad vosotras sin la presencia de tanto borrego durante una temporada.

Salí a la calle a la carrera y cuando atisbé la primera luz verde de un taxi libre, levanté la mano y la voz, ambas a la vez, para que el vehículo no se me escapara.

—Al aeropuerto, por favor. Terminal 4

Añoré durante un instante el "crac", aquél sonido de la bajada de bandera que solía escuchar en el taxi de mi padre, pero la tecnología digital del taxímetro había aparcado los viejos recuerdos. Aun así, recordé durante un instante que, con un vehículo como aquél, mi padre había sacado adelante una familia de 4 hijos y el dinero para pagarme la carrera de Historia, entre otras muchas cosas.

Cuando emergí de mis recuerdos y mi trance nostálgico, atisbé por la ventanilla del taxi, el trajín que se movía alrededor de la Terminal 4 del aeropuerto de Barajas. Ya estábamos al lado.

Pagué religiosamente y corrí con la maleta hacia el panel de avisos, para ver qué puerta de embarque correspondía a mi vuelo.

Me puse las gafas y concentré la vista en el panel en busca de datos:

—Vuelo IB6598-Destino Paris-Pta. 303-16:55 h. Retrasado 1 hora

¡Con la carrera que me había dado para no llegar tarde! Eso me pasa por no consultar Internet. Recordé entonces mi ordenador y mi agenda. No estaba seguro de haberlos incluido en el equipaje, así que abrí el desastre de maleta en medio del aeropuerto, mientras la gente me miraba extrañada ante la desesperada búsqueda.

Allí estaban ambos, ordenador y agenda, al fondo de la maleta, protegidos por camisas, calcetines y calzoncillos esparramados.

—Vosotros viajáis conmigo —dije sonriente y satisfecho al encontrarlos.

Agarré la maleta del ordenador e introduje la agenda dentro. Había decidido que sin calzoncillos podía pasar unas largas vacaciones con mi colega Marcos, pero sin agenda y ordenador sucumbiría ante cualquier imprevisto o eventualidad que surgiera.

Pasé los controles de acceso a la terminal y me senté plácidamente a esperar que un nuevo aviso colocara definitivamente mi vuelo en orden de embarque.

Finalmente sucedió tras la hora de demora. Mostré el billete, crucé la puerta de embarque e intenté mirar la cara del comandante de vuelo según accedía por la rampa al avión, Una manía que había adquirido cada vez que volaba, como si viendo la cara del piloto, me garantizara que el vuelo iba a ser más seguro o menos seguro. Simplemente manías.

Me acomodé en mi butaca, cerré los ojos y comenzaron a sudarme las manos cuando empezaron a sonar las turbinas del Boeing 747-400.

Es un trance que ya tengo asumido que debo de pasar, pero no soporto las alturas. Unas dos horas después, aproximadamente, aterrizábamos en el aeropuerto Charles de Gaulle en Paris. Cuando las ruedas del avión tomaron tierra, respiré aliviado.

Esperé pacientemente que llegaran mi maleta a la cinta transportadora mientras aferraba firmemente la bolsa de mi ordenador, rodeado por jubilados dispuestos a asaltar el Museo del Louvre y conquistar la

torre Eiffel, niños preparados para partirle las orejas al pobre ratón Mickey en Eurodisney y padres dispuestos a soportar la dura batalla de las vacaciones.

Por fin, tras un rato de espera, asomó mi maleta por el oscuro hueco que hay al final de la cinta transportadora, dando por entendido que mi viaje había llegado ya a su fin.

Hui de la proximidad de los jubilados y las familias, encaminándome a pasar nuevamente un último arco de seguridad para salir al exterior, lo que me trajo a la mente las broncas de mis amigas Pilar y Maribel y me recordó también que no debía olvidarme de comprarlas un detalle durante mi estancia en Francia.

Al otro lado de la puerta de salida, la multitud de personas con la que te encontrabas te hacía sentirte como desorientado y perdido. Y así permanecí durante unos instantes, hasta que pude ver la ruda silueta de mi amigo Marcos avanzar entre el tumulto de gente con el brazo en alto, indicándome dónde estaba.

Nos fundimos en un abrazo eterno, de los que te llenan de alegría. Tres años sin ver a un amigo de correrías es mucho tiempo y más cuando esas dos personas son uña y carne.

—¡Mariquita! ¿Cómo estás? —dijo rebosante de una alegría que parecía escapársele por los ojos y salirle del alma.

—¡No tan bien como tú, gordo! —contesté tirándole la puya.

—¡No cambies, por Dios! ¡No cambies! —contestó alegre—. Pero me ves más delgado ¿verdad? —preguntó una décima de segundo más tarde, ya que su mayor complejo era ése.

—¡Estás de maravilla! ¡En tu línea habitual!

—¡Cabroncete! Vámonos...

Me ayudó con la maleta y seguí sus pasos para salir de la Terminal.

Durante el trayecto hablamos de familia, padres y hermanos, ya que nos conocíamos todos perfectamente, después de haber compartido los 5 años de carrera.

Salimos al exterior, para buscar su coche en el parking y comprobé que llovía. El día era gris y apagado. Confieso que mientras estaba en el avión no me había dado cuenta del tiempo que hacía.

—Marcos... ¿Lleva mucho tiempo así?

—¿Cómo que si lleva mucho tiempo así?

—Si. Que si lleva mucho tiempo lloviendo...

—¡Ah!. Lleva dos días sin parar. Dicen que mañana mejora el tiempo, así que has llegado en el momento justo, aunque ya sabes que estoy trabajando con un tema de investigación en la Universidad y lo de las salidas lo vamos a tener chungo, chungo... —asintió Marcos con gesto contrariado.

—Tranquilo muchacho. Que servidor se las apaña muy bien solito. Por algo yo era la mejor nota en idiomas de la Universidad. Francés, inglés y alemán, no tienen secretos para mí.

—Lo sé —contestó Marcos— Por algo fui yo el Cum Laude durante ese curso universitario del que hablas... —El tío desde luego hilaba fino.

—Vale, vale, fiera —le contesté con una sonrisa.

Caminamos entre los coches, buscando la plaza que Marcos tenía apuntada en la parte trasera de su ticket de parking, para ubicar dónde había dejado el coche. Finalmente lo localizamos.

Me quedé mirando el vehículo extrañado al principio, pero con gracia después, porque un Citroën 2 CV no parece el coche estándar de un profesor de la Universidad de Paris.

—Marquitos, has tirado la casa por la ventana en locomoción, tío. Para eso te podías haber comprado una bicicleta.

—Funcionar, funciona. Y gasta menos que un mechero, así que si no te gusta te pillas el metro y tan contento "mon ami".

—No, qué va, si me parece una pasada... ¡que aun funcione!

No hizo comentario alguno aunque me miró con el ojo torcido, pues sabía muy bien cómo me podía tratar y como le podía tratar yo a él.

Así que cargamos la maleta en el 2 CV y nos dirigimos al centro de la ciudad.

—¿Marcos, dónde vives exactamente? Me han dicho que es un sitio de privilegio, artista.

—Pues verás Ramón, como la Universidad de Paris-Sorbonne está muy céntrica y a mí esto del coche ni fu ni fa, esperé pacientemente que surgiera una ocasión de tener algo cerca de la Universidad y surgió la oportunidad de un apartamento en Rue de Vaugirard, así que mi amigo banquero se encargó del resto... una pasta Ramón, una pasta. Esto de vivir en Paris sale por un dineral.

—Sí, pero no me vas a decir que no estás bien situado. Una buena nómina, un trabajo como catedrático de historia en la Universidad de Paris-Sorbonne y un apartamento en pleno centro de la ciudad... ¿Qué más necesitas?

—Yo siempre necesito más... —corto la frase y esbozo una sonrisa pícara a la cual no era necesario que contestase, porque no era la primera vez que la veía.

Llegamos a pleno centro de Paris y tuvimos la gran suerte de aparcar el vehículo a pocos metros de su domicilio.

Descendí del vehículo y quedé admirado del lugar, su casa estaba localizada a pocos metros una inmensa zona verde y en una situación inmejorable para acudir a cualquier sitio de aquella mastodóntica ciudad.

—Vamos. Ya tendrás tiempo de echar una ojeada. Ahora vamos a subir la maleta —dijo Marcos.

Tras abrir el portal, ascendimos por la estrecha escalera hasta el ático del edificio. Era una finca antigua, pero se veía recientemente reformada, aunque eso sí, no tenía ascensor, motivo por el cual yo resoplaba como un obseso con la maleta a cuestas.

—Pero ¡no podías haberte comprado algo más bajo o con ascensor! —le bufé en la oreja mientras subía por la escalera delante mio.

—¡No! Y ya verás por qué....

Abrió la única puerta que había en el último piso y me adentré en una preciosa y espléndida buhardilla. Me sorprendió el orden, el perfecto orden que Marcos era capaz de mantener en su casa. Tenía lo básico sin más complicaciones y sobre todo ello destacaba una gran librería repleta de libros, e incluso pude ver algún que otro incunable entre ellos. Muchos objetos históricos o referidos a ésta y, lo dicho, ante todo mucho, muchísimo orden.

—Ramón ven aquí, asómate. Esto es lo mejor del apartamento —me llamó Marcos desde el umbral de una gran ventana que había en el salón—. Solamente por esto merece ya la pena el apartamento. ¿No te parece?

Me asomé, al principio un poco incrédulo, al exterior, pensando que me estaba gastando una broma, pero ¡Dios mío!, no conseguía articular una sola palabra.

—¡Tío, esto es increíble! —alcance a decirle completamente extasiado.

Unas fantásticas vistas sobre la ciudad de Paris se dominaban desde el ático, viéndose perfectamente la Torre Eiffel, las torres de Notre-Dame y delante justo se encontraba el parque de los Jardines de Luxemburgo. Una maravilla en la que había colocado dos tumbonas para relajarse. Tenía la sensación de que aquel rincón iba a colmarme de satisfacción durante mi estancia.

Total, que entre deshacer la maleta, colocar mi ropa en el apartamento, charlar de nuestras viejas historias y de nuestros planes de futuro, se nos hizo de noche, por lo que decidimos quedarnos en casa tranquilamente.

Bueno tranquilamente no es la palabra exacta, porque no sé bien por que razón nos liamos a ver las fotos de cuando íbamos juntos a la Universidad, acordarnos de viejas correrías, de otros compañeros y especialmente de otras compañeras, nos abrazamos a una botella de Ron que tenía Marcos en el apartamento y terminamos durmiendo la mona a la intemperie en el ático, para levantarnos hechos polvo y con la cabeza destrozada al día siguiente.

—¡Eh! Marcos, arriba, que ya es de día. ¡Ayyy mi cabeza!

—nnnnnnnnnnnnnnhhhhhhhhhhhhgggggggggggg

Esa era toda la respuesta que había conseguido de mi amigo, por lo que decidí arroparle y dejarle que terminara de recuperase de la mona que nos habíamos pillado a lo tonto.

A eso de la media mañana cuando se ve que el sol ya le daba de lleno en la cara, Marcos por fin decidió levantarse y entrar al interior del apartamento, con la cara desencajada y el rostro confundido por las horas y el alcohol.

—¡Ramón, mariconazo, ya me podías haber avisado!

—Lo hice —le contesté tirado desde el sofá y aun con los efectos de la resaca— pero no me hiciste ni caso, como en tu etapa universitaria, porque tienes muy mal beber.

Lanzó unos sonidos incongruentes y se dirigió a la cocina, con cara de pocos amigos y con ánimo de prepararse algo que le asentara la cabeza y recompusiera su maltrecho cuerpo.

—¿Café? —preguntó.

—Sí. Solo, por favor.

A los tres minutos me llegó el aroma inconfundible del café recién hecho y pareció despertarse mi cuerpo y mi mente que, también como la de Marcos, hasta ese momento había permanecido en letargo, triturada.

Acudió al salón con una bandeja con dos cafés humeantes.

—Tío, sigues siendo el mismo asesino de la Universidad. —dijo Marcos echándose la mano a la cabeza, tras dejar la bandeja en la mesa.

—Tú, que has perdido el aguante con la edad. —contesté haciéndome el duro.

Nos sumergimos en el calor que el café y la taza nos proporcionaba, recuperando un poco de lo que nos habíamos dejado en el alcohol. Y durante unos instantes permanecimos así observando la taza de café humeante, sin hacer un solo comentario.

Tras aquellos minutos de receso y una vez centrados ambos, Marcos propuso que le acompañara hasta la Universidad pues tenía que preparar un discurso para un acto académico en la Universidad.

No me pareció aquella una mala idea.

La Universidad de Paris-Sorbonne tiene fama y reconocimiento a nivel mundial en muchos ámbitos de los estudios que allí se imparten.

Darme un paseo por sus aulas y conocer el lugar donde tantos colegas desarrollan su labor a diario, con reputada fama mundial, me llamaba la atención y además me apetecía.

Así que tras una ducha, me cambié de ropa y con la cabeza aun rota, me encaminé hacia la Universidad con mi colega y creo que debo rectificar, ambos con cara de tener la cabeza rota.

Poco hablamos en el transcurso del camino, incluso hasta el sonido de algún que otro claxon me crispaba los nervios. Mientras, caminábamos hacia la Rue de Saint Jacques que es donde se encontraba el despacho y la unidad donde Marcos trabaja a diario en la Universidad de Sorbonne.

Cuando pude ver el edificio de la Universidad me quede prendido de su grandiosidad.

Accedimos a los controles de seguridad sin ningún tipo de problemas ya que Marcos era muy conocido en la Universidad y recordé nuevamente a mis amigas Maribel y Pilar a las que había prometido algún pequeño detalle a mi regreso.

Tras cruzar los amplios pasillos de techos inalcanzables, llegamos a un pequeño despacho, lugar donde Marcos componía, arreglaba y preparaba cada actividad que se daba en su aula.

Me presentó a su colega y también profesor universitario Jean-Marie, al que saludé y mantuve con él una conversación en torno a nuestra materia educativa, así como sobre la calidad de ésta en España.

Luego paseamos durante mucho tiempo por los rincones más admirables de la Universidad y donde tantos y tantos genios y eruditos habían dado sus clases magistrales, ante la admiración del resto de la humanidad, desde su fundación hace más de 7 siglos.

—Marcos ¿la Biblioteca Nacional está lejos? —le pregunté.

—Bueno, tienes un trozo andando, pero conociéndote como te conozco te puede resultar interesante ir al edificio de al lado, donde se encuentra la Escuela de Archivos Históricos, justo en el 19 rue de Sorbonne, es el edificio que linda con este mismo. Está ligada directamente a la Biblioteca Nacional y seguramente te resultara más interesante para tu especialidad. Si quieres te presentó a la Directora de Archivos, mi amiga Isabelle Diuu.

—Venga, moléstate un poco por tu amigo Ramón y déjame al menos en un lugar que merezca la pena mientras continúas enrollándote con tu discurso magistral...

—¡Envidioso! —contestó con tez fruncida.

Salimos al exterior y caminamos apenas 100 metros hasta situarnos en la fachada donde se leía, grabado en piedra sobre la inmensa puerta de entrada, "Ecole Nationale des Chartes" o lo que se puede traducir como Escuela Nacional de Archivos Paleográficos.

Nos adentramos en su interior y el vigilante saludó a mi colega con alegría y cordialidad.

—¡Monsieur Marcos! Comment allez-vous?

Marcos correspondió al saludo con animosidad y cordialidad, tal y como le habían recibido y tras una breve charla entramos al interior del edificio en busca de su amiga.

La encontramos en la Biblioteca de Historia.

Ambos se saludaron con un efusivo abrazo. A continuación me presentó.

—Isabelle te presentó a mi amigo Ramón, colega nuestro, ya que es profesor de la Universidad de Madrid.

—Encantada de conocerte Ramón. —contestó sonriendo y estrechándome la mano—. Así que compañero de profesión y vocación, ¿no?

—Encantado Isabelle. Efectivamente, compartimos pasión y estudios al menos. Pero ¿a qué debemos este español tan fluido en una francesa?

—Eso es por culpa del ex-marido que elegí en su día, compatriota vuestro; así que no me quedó más remedio que aprender el español ya hace unos años, o se me escapaba, y ya sabemos que eso del amor... al final se me escapó. En fin, al menos me sirvió para aprender vuestro idioma...

Los tres nos reímos y continuamos charlando un largo rato acerca de nuestras pasiones en común y de la labor que Isabelle desarrollaba en la institución.

Su trabajo consistía en la conservación de la herencia escrita de las bibliotecas, los archivos, los Museos, los monumentos, las colecciones, así como preparar a personas responsables con la colección, la conservación de los diferentes y variados tipos de documentos, catalogación y calificación de estos.

Caminamos alrededor de las estanterías de la biblioteca, mientras se me iban lo ojos detrás de un montón de libros, a cuál de ellos de mayor belleza y exquisitamente cuidados.

Reparé en una pequeña habitación contigua, llena hasta el techo de libros, documentos, folios sueltos que estaban sin orden alguno.

—Isabelle —llamé a la colega, que acudió rápidamente —¿Este desorden entre tanto orden, tiene explicación?

Se echó a reír.

—Por supuesto, Ramón. Son un montón de documentos desclasificados por el gobierno francés, correspondientes a la II Guerra mundial. Muchos de ellos son de la resistencia francesa y de los servicios de inteligencia nacionales durante esa época, por lo que pude ojear cuando llegaron. Parece ser que se habían quedado "perdidos" en alguna habitación

durante todos estos años. Así que los hemos recibido ayer y están pendientes de limpieza y clasificación. Probablemente no tengan ningún valor paleográfico y desde aquí los remitimos a la biblioteca nacional para que ellos les den un destino definitivo.

Todo lo desconocido me llamaba la atención y aquellos documentos que habían permanecido en el letargo durante tantos años, eran para mí como un caramelo.

—¿Te importa que curiosee un poco, Isabelle? —pregunté con cara de buen chico.

—Adelante, todo tuyo.

—Ya te puedes ir Marcos. —apunté a mi amiguete, haciendo un gesto con la mano para que se marchara.

—Tendrá caradura el tiparraco —contestó —Mejor. Me voy Isabelle y luego, si me acuerdo, paso a recogerlo. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo. Ramón, si necesitas algo, estoy al fondo en mi despacho.

—Merci, mademoiselle. Au revoir, Marcos

Se marcharon riendo y yo quedé sumido en mi mundo de pasiones: viejos documentos al alcance de mi mano. Gloria Bendita.

Permanecí tres horas revolviendo libros, buscando anotaciones, mirando pergaminos que indicaban suministros de municiones, comunicaciones imposibles, ubicaciones, etc. Todos los documentos relacionados con la II Guerra Mundial y con la organización de la resistencia durante aquellos años.

Cientos de líneas escritas a mano o a máquina que narraban el provenir de la nación francesa, cuando en pleno siglo XX un loco decidió conquistar el mundo a cualquier precio, y el precio fue demasiado alto para muchos hombres, mujeres y niños.

Entre todo el montón de papeles me llamó la atención, una montonera de hojas encuadernadas en grandes archivadores y cuyo contenido no eran más que números y letras. Sin orden; al menos para mí. Cientos de letras y números apilados de manera incomprensible. Lo único lógico

en la amalgama de datos eran las fechas. Venían escritas a mano y justo a continuación comenzaban los bailes de números y letras.

Cientos de números circularon frente a mis ojos sin sentido alguno. Un tomo, otro, otro más, hasta que súbitamente pasando las hojas tuve la percepción de una palabra en español.

Retrocedí unas páginas y comencé a mirar letras desesperadamente, teniendo la sensación de haber visto algo sin poder ubicarlo correctamente. Dejé el pesado tomo sobre la mesa, abierto por la página en la que creí ver algo y me alejé unos metros.

Mi corazón pegó un vuelco. Efectivamente, en la parte baja de la hoja encontré una palabra en español, pero no estaba escrita. La palabra estaba formada por los huecos en blanco que había entre tanta letra y número loco.

Pasé a la siguiente página y encontré otra palabra.

Tome un folio en blanco y un lápiz y comencé a anotar, con calma, cada palabra que surgía de la marabunta de páginas.

Me di cuenta entonces, que la frase estaba escrita en una fecha en concreto, 12 de Junio de 1.943, y conseguí componer en el folio en blanco, la siguiente frase:

"Serafín huye. Arbeitsdiensfuhrer nos ha descubierto y va en tu búsqueda. Esconde la dignidad de los sefardíes en mi pueblo. Un abrazo de Jesús y mío".

Me levanté de la silla nervioso, como negándome a continuar con aquella sorpresa que me había deparado mi curiosidad. Durante unos instantes permanecí en el limbo, embobado, sin saber qué hacer.

Una luz llego a mi mente y pareció devolverme la sensatez.

Cogí el pesado tomo y me situé en su primera página, donde pude leer claramente de dónde venían aquellos mensajes cifrados que habían comenzado a levantarme el alma en vilo.

"Tomo 28. Códigos cifrados intervenidos por la resistencia francesa y que fueron enviados desde el Campo de Concentración de Natzweiler-Struthof".

Tenía, a partir de aquel momento, una fecha, un lugar y un misterioso mensaje en español que resolver.

No me percaté de la presencia de Marcos a mis espaldas, mientras yo cerraba el tomo y lo abrazaba con fuerza.

Me levanté y le miré sin decir palabra. Me devolvió la mirada y comento:

—Ramón tío. Esa mirada la conozco yo y no sé de qué me suena... —dijo con gesto serio.

—A aventura Marcos, a aventura...

Capítulo 2

Cuando Marcelino, Jesús y yo cruzamos en silencio bajo el cartel que rezaba en letras negras "**KONZENTRATIONSLAGER NATZWEILER-STRUTHOF**" sabíamos que nos habíamos aproximado un poco más al infierno, pero no sabíamos hasta qué punto.

Ingresábamos en aquel momento, en el Campo de Concentración Natzweiler-Struthof.

Procedíamos de un pequeño Campo de trabajo cercano, que los alemanes habían abierto, y "gracias" a nuestros estudios y carreras, al nombrar al Arbeitsdiensfuhrer como agregado al Campo, decidió traernos consigo como si fuésemos hombres de su confianza. Habíamos estado a su servicio durante los seis meses anteriores y eso le pareció suficiente tiempo como para conseguir nuestra lealtad.

No conseguía diferenciar fidelidad y sumisión obligada. Lo nuestro era una pura cuestión de necesidad y supervivencia.

Arbeitsdienfuhrer era un Suboficial de las SS con el rango de Subteniente y, como su nombre alemán indica, su misión al llegar al Campo era ser Jefe y distribuir las tareas entre los prisioneros.

Arbeitsdiensfuhrer tenía nombre, un nombre que yo llevaría grabado a fuego en el alma, desde el momento que le vi por primera vez hasta que la eternidad me llamara a sus filas, Friederich Ulm.

Nosotros tres habíamos servido con fidelidad en el bando republicano hasta el año 39 cuando Barcelona había caído en manos del

enemigo. Con dignidad, aunque sin ser hombres a destacar en portadas. Allí es donde nos conocimos y allí es donde aprendimos a ver la mano amiga, la que te ayuda al levantarte cada día.

Habíamos perdido la maldita guerra, una guerra que no deseábamos y que nosotros no comenzamos y nos vimos en la obligación de huir a Francia, el país vecino. Al igual que miles de camaradas que tenían claro que dejaban atrás un pasado, una familia y una historia y como resultado de aquella loca contienda entre hermanos o vecinos, ahora todos caminábamos sin un destino cierto.

Al principio, servimos en algunos Campos de refugiados en Francia, agotados de luchar hasta la extenuación por unas ideas, pero transcurrido un tiempo, y una vez comenzada la II Guerra Mundial, nos unimos a la resistencia francesa en la localidad de Dijon, pues esta vez el enemigo nos cercaba por la otra parte de Europa.

Desde los centros de coordinación de la resistencia se mantenía una estrecha vigilancia sobre las comunicaciones alemanas, interviniendo sus mensajes y descifrándolos, o al menos intentándolo.

Finalmente, ante el inexorable avance de las tropas nazis, los tres acudimos a la desesperada hacia el frente de la Línea Maginot en Alsacia, en un intento por coordinar la defensa con los mandos franceses y con los miles de republicanos que estaban trabajando en la construcción de esta línea defensiva, tristemente muchos de ellos obligados por fuerza por el gobierno francés.

Pero las tropas alemanas resultaron, para aquellos miles de hombres de diferentes nacionalidades, una maquina imposible de detener, así que nos sometieron bajo sus órdenes y la opresión de poder nazi.

Muchos perecieron en el frente, dando todo o lo poco que les quedaba dentro, intentando evitar que Europa entera cayera bajo la locura del nazismo.

En la desesperación, nosotros tres supimos sacar el mejor partido de nuestros estudios y los utilizamos para procurarnos la mejor vida que

nos fuera posible, contemplando horrorizados cómo puede un ser humano humillar a sus semejantes, hasta el punto de odiar la vida, de sentir que ésta carece de valor alguno.

Marcelino era Ingeniero de Comunicaciones. Estaba especializado en diseño de equipos de comunicación para largas distancias y al igual que yo, dominaba varios idiomas. Los alemanes comprendieron rápidamente la utilidad que podían darle.

Jesús era Estomatólogo, lo que conocemos por Médico-Dentista y, por desgracia, los alemanes también sabían sacarle el máximo provecho a gente de su profesión.

Teníamos claro que Jesús era quien peor lo pasaba de los tres, pero nuestra supervivencia dependía de muchos factores.

Yo, Serafín, había estudiado Derecho y no es que fuera un lumbreras, pero los idiomas siempre fueron mi punto fuerte.

Cuando nos detuvieron en el frente, un comentario gracioso por mi parte, consiguió que Friederich Ulm, el Arbeitsdiensfuhrer, un Subteniente alemán de las SS, quedara sorprendido por mi manejo del idioma alemán, preguntándose cómo era posible que un "republicano de mierda" —ésas fueron sus palabras—, dominara el puro idioma ario. Ese hecho sirvió para que posteriormente nos utilizara a su antojo, pero eso nos daba ciertos privilegios entre un mundo de atrocidades.

El día que cruzamos bajo el maldito cartel del Campo de Concentración permanecimos más de ocho horas de pie colocados en hileras, en una gran explanada, mientras iban realizando una clasificación de los prisioneros que habíamos llegado al Campo.

Mucha gente caía desmayada a nuestro alrededor. Mujeres y ancianos caían como madejas desvencijadas rotas de hastío, calor y sufrimiento. Si intentabas ayudar al que caía te molían a golpes e incluso te amenazaban con dispararte.

Otros muchos de ellos, según se iban aproximando a las mesas donde estaban sentados los soldados, se tragaban sus últimas pertenencias: las alianzas de boda, los solitarios, las cadenas de oro, en un intento

desesperado por no perder sus pocos bienes o aferrarse al último vestigio de sus familias, labradas desde la más humilde condición. Aunque, a decir verdad, en aquél lugar la clase social resultaba lo menos importante.

Los perros, especialmente preparados por las SS para mantenernos a raya, nos mordían en cualquier parte del cuerpo. De esa manera nos sometían a cualquier orden.

Cuando llegó nuestro turno, Jesús fue quien primero se aproximó a la mesa donde estaba sentado un soldado alemán que tomaba filiación y datos de la persona que tenía delante.

Sin mediar palabra, el soldado, con un gesto adusto, se incorporó y comenzó a gritarle a Jesús como si éste no fuera capaz de entenderle, pero lo que el soldado pretendía era humillar e indicar su poder y capacidad de someterle a él y al resto de prisioneros llegados al Campo. Lo que se entiende por el dominio del terror.

Pero Jesús le contestó en un perfecto y claro alemán que le entendía y que le respondería a todo lo necesario, pero que, por favor, dejara de gritarle de una vez.

El soldado retrocedió unos pasos asustado o extrañado por la perfecta y clara respuesta en alemán que aquel desconocido ser inferior le estaba dando, algo que sucedía raramente entre los prisioneros y sorprendía entre los alemanes.

Tras recuperarse de la primera impresión, el soldado avanzó hacia Jesús con cara de ira, gritando y con el brazo en alto dispuesto a golpearle en una demostración de poder.

Una mano detuvo en seco el brazo del soldado en su intento de golpear a Jesús.

Era el Arbeitsdienfuhrer, Friederich Ulm, que con voz sosegada y mirada desgarradora, dijo al soldado alemán:

—Nur ich schlage, quäle oder töte diese drei verstanden?

Noté como una fría gota de sudor se deslizaba por mi espalda y mis piernas flaquearon un instante, mientras mi mente traducía a la velocidad del rayo las palabras del Arbeitsdienfuhrer:

—"Solamente yo pego, torturo o mato a estos tres ¿entendido?"

El soldado, al comprobar la graduación y quién le hablaba asintió con un gesto de su cabeza y con rapidez regresó a la mesa en la que anteriormente estaba sentado.

Luego, con un gesto de su mano, Friederich Ulm indicó que nos apartaran hacia un lateral de la explanada y que aguardáramos sus órdenes.

Un soldado acudió rápidamente a cumplir las órdenes del Subteniente y nos condujo a un lateral apartado del resto de los prisioneros. Permanecimos allí tres horas más.

Junto a nosotros, en la explanada, se unieron por órdenes nazis otras cuantas personas, todos hombres. Por lo que pudimos medio susurrar había entre ellos dos polacos especialistas en electrónica, un portugués marino mercante y que también había luchado en defensa de la República española, varios franceses y un luxemburgués.

Nuevamente un gesto de la mano y la voz seca y ronca, en la distancia, del Arbeitsdienfuhrer. Sin moverse del sitio nos dijo el barracón del Campo al que debíamos de acudir. Barracón número 7.

A partir de aquel día ese chabolo de madera se convertiría en nuestra casa.

Nos pusimos en marcha, vigilados siempre de cerca por una patrulla de soldados y conducidos a paso rápido hacia el barracón que Friederich Ulm nos había indicado.

Tras instalarnos los tres juntos en el barracón inmundo del Campo de Concentración, acudieron algunos soldados alemanes que nos obligaron a quitarnos la ropa y nos entregaron lo que ellos calificaron como "ropa de trabajo". Una ropa que definitivamente marcaba nuestro futuro.

—Spanische? —preguntó uno de los soldados.

Les contestamos afirmativamente y nos arrojaron la ropa a los tres.

En la chaqueta que nos entregaron podían verse dos triángulos de color rojo superpuestos que formaban una estrella de David.

El triángulo con la punta hacia abajo indicaba que éramos prisioneros políticos y el otro triángulo igualmente rojo indicaba nuestra pertenencia a las fuerzas armadas y sobre este fondo una S en el centro.

Esa "S" marcaba a los "Republikanische Spanier" es decir a los republicanos españoles, cosa que por supuesto éramos.

A todos los que estábamos en ese barracón también se nos añadió en la manga de la chaqueta un brazalete marrón que marcaba a los prisioneros especiales.

Y justo por encima de la estrella de David que portábamos había un número que en el caso de Marcelino, Jesús y mío, eran correlativos.

Jesús, extrañado, preguntó:

—Y este número ¿qué significa, Marcelino?

—No sé, pero tengo la extraña sensación de que lo vamos a descubrir en poco tiempo... Esperemos acontecimientos, amigos.

No era habitual que a los republicanos nos dieran trato de prisioneros políticos. Supongo que aquello se podía considerar una deferencia del Arbeitsdienfuhrer hacia nuestras personas por servirle directamente.

A Jesús y Marcelino los consideraron "arbeitgenosse", palabra que en alemán definía a los presos considerados como necesarios por su especialidad en el trabajo.

A mí, Friederich Ulm me calificó como un "aussenarbeiter" que se interpretaba como alguien que tenía la posibilidad de trabajar fuera de las alambradas de aquel lugar, con muchas posibilidades incluso de conseguir comida extra y contacto con gente externa al Campo. Pero lo que quería Friederich Ulm de mí era tener un chivato que le comunicara cualquier movimiento que se produjera en el exterior del Campo y yo tenía muy claro que mi vida e incluso la de mis compañeros dependía de ello, al igual que si alguno de ellos fallaba en algo, también mi vida se convertiría en historia.

Aquella noche conciliamos poco el sueño, dando vueltas a mil ideas sobre el destino que nos aguardaba, sobre las escenas vividas y las que, por desgracia, nos quedaban por vivir.

Al día siguiente, sin desayunar como nos había pasado en los últimos 3 días, Friederich Ulm vino a buscarnos al barracón.

Entró directamente donde estábamos nosotros y en alemán dijo a Marcelino que lo acompañara. Sin preguntas.

Marcelino fue junto al Arbeitsdienfuhrer hasta un barracón que estaba junto a la zona de residencia de mandos, fuera del recinto alambrado y aparte de los barracones generales destinados a prisioneros. En su puerta indicaba "Unidad de Comunicaciones".

Marcelino estaba destinado a partir de aquel día, a una Unidad Especial de Comunicaciones y rodeado de soldados alemanes. Recibió órdenes claras de reparar equipos de comunicaciones averiados y aprender a enviar y transcribir los códigos cifrados, que se utilizaban en las comunicaciones del Campo de Concentración, hacia el frente de batalla o hacia los puntos de comunicación central del III Reich. Marcelino entendía y dominaba eso a la perfección.

La presencia de un prisionero entre los soldados de la Unidad de Comunicaciones, sólo conseguía que los soldados le menospreciasen y le maltrataran por el simple hecho de no ser de los suyos.

Poco después de llegar a la Unidad, mientras le insultaban, le patearon hasta que perdió el conocimiento. La paz para Marcelino en aquel lugar había durado sólo un par de horas.

Pero eso sucedió durante muy poco tiempo, exactamente hasta la hora de la comida.

Cuando Friederich Ulm regresó a la Unidad de Comunicaciones y encontró a Marcelino tirado en el suelo y sangrando por la nariz, preguntó quién había sido. Un silencio se apoderó de los soldados alemanes de la Unidad.

El Subteniente sacó el arma y la introdujo en la boca de uno de sus soldados y gritó como un poseso:

—¿Wer hat dies gemacht? ¿Wer ist's gewesen?

¿Quién ha hecho esto? ¿Quién ha sido? —gritaba amenazante mientras sus ojos, rojos de ira, buscaban al responsable.

Un joven soldado adelantó un paso y dijo al Arbeitsdienfuhrer que él era el responsable por haber incitado a sus compañeros.

Soltó al que tenía encañonado y agarró del cuello con fiereza al que se había hecho responsable, llevándolo en volandas hasta el fondo del barracón, donde, además de pegarle una buena paliza, cuando estaba tirado en el suelo, le comentó unas palabras que Marcelino ya había oído antes y que le hicieron volver a temblar de nuevo:

—Nur ich schlage, quäle oder töte diese verstanden?

Nuevamente volvió a escuchar la frase de "solamente yo pego, torturo o mato a estos ¿entendido?" y Marcelino se echó a llorar en el suelo aterrorizado.

Friederich Ulm ordeno a uno de los soldados que ayudase a Marcelino a incorporarse. Continuo dando a los soldados, que estaban absolutamente atemorizados con su presencia, instrucciones claras sobre como debían de tratar al nuevo prisionero, Marcelino.

El Subteniente les explico que, aunque prisionero de guerra, gracias a sus conocimientos el imperio nazi se extendería por Europa con más rapidez y facilidad, así que debían cuidarlo y vigilarlo, eso sí, sin descuidarse, ya que no se trataba más que de un "Republikanische Spanier" y portaba en el pecho la estrella de David.

Luego Friederich Ulm le dio a Marcelino las instrucciones para que se marchara a comer. Esa mañana consideró que se había ganado el plato.

Marcelino, a partir de aquel instante se pasaba el día tecleando códigos de números y letras que se enviaban y recibían desde los diferentes frentes de batalla y desde el mismo Berlín con las órdenes a ejecutar. Además también se encargaba de la reparación y mantenimiento de estos equipos. Sabía muy bien que aquél era su principio y su final, pues jamás le dejarían salir con vida de aquel Campo de Concentración, al tener profundos conocimientos sobre los equipos de comunicación y los códigos cifrados utilizados por los nazis.

Jesús moría día a día en el Campo.

Vinieron a buscarle al barracón poco más tarde que a Marcelino. Un soldado alemán le traslado hasta el Servicio Médico del Campo.

Friederich Ulm había dado órdenes claras y tajantes sobre el lugar donde debía estar destinado en su quehacer diario: a la llamada sala de la muerte.

Una vez llegado al "laboratorio", los médicos alemanes del Campo le hablaron sobre las pruebas que se iban a realizar con los prisioneros judíos de cara a la mejora de la raza. Y él debía colaborar e intervenir en ellas. Toda una suerte y un orgullo, le dijeron.

Estaba obligado como Médico-Dentista a arrancar las piezas dentarias de oro a los fallecidos y moribundos para, según explicaciones de los médicos alemanes, de esa manera sufragar los gastos y molestias que los judíos y prisioneros ocasionaban al imperio nazi.

No podía hacer nada por ayudar a los hombres que llegaban a la sala, pero estaba obligado a extraerles las piezas dentarias de oro, así como cualquier otro metal o pertenencia que colaborara a mantener la maquinaria de guerra, a cualquier precio, cometiendo cualquier tipo de tropelía sobre aquellos cuerpos inertes sin vida o con vida, incluso, en alguna ocasión.

Y las cosas se iban a complicar mucho más con el tiempo, pues los Servicios Médicos del Campo habían recibido y puesto en marcha una cámara de gas y un horno crematorio para, como decían ellos, realizar pruebas vulgares con gente vulgar, pero que aportarían incontables conocimientos al 3er Reich y sin ninguna complicación, ni dificultad a la hora de deshacerse de los cuerpos. La maravilla de horno crematorio ahorraría mucho trabajo a los sepultureros.

Todo aquello conseguía que Jesús muriera día a día, desde nuestra llegada al Campo.

Todas las noches, al llegar al barracón, no dejaba de llorar desconsoladamente y vomitaba incesantemente noche tras noche, hasta destrozarse el estómago.

A mí, Friederich Ulm me situó en un grupo especial de trabajo, decía que por mi condición física. Me uní a la patrulla de limpieza del Campo y junto a mi, también fue asignado a la misma unidad el compañero portugués que estaba destinado al mismo barracón que nosotros. Se llamaba Francisco Feijoo.

Todos los días salíamos al exterior a desbrozar la hierba, cortar los árboles, podar los matojos y a despejar la zona de seguridad, que era de unos 200 metros alrededor de todo el Campo, para que la vigilancia desde las torres del Campo de Concentración, en caso de huida, fuera perfecta. Todo lo hacíamos bajo la atenta mirada de dos soldados nazis. Así, día tras día.

Eso y mantener informado al Arbeitsdienfuhrer todos los días de cualquier movimiento sospechoso que pudiera ver entre los compañeros o prisioneros del Campo.

Aquello me suponía de cuando en cuando una paliza por parte del Friederich Ulm, porque me achacaba facilitarle poca información. Yo capeaba el temporal diciendo que sus servicios de vigilancia y control eran perfectos y nada se les escapaba. Esas palabras parecían calmarle e insuflarle orgullo. A mí me salvaban, al menos momentáneamente, de sus golpes y de su ira. Yo no estaba dispuesto a ser chivato de ningún mando nazi.

A los pocos días de colocarme en el servicio, unos compañeros polacos, sin mediar palabra, intentaron escapar a la carrera, con el objetivo de alcanzar los árboles que había más allá del perímetro de seguridad. Cuando escuchamos los gritos del soldado desde la torre de vigilancia, ordenando que se detuvieran, sólo nos dio tiempo a arrojarnos al suelo. Uno murió ametrallado por los disparos efectuados desde las torres. El otro fue capturado vivo y ejecutado en la horca en presencia de todos, como escarmiento. Nunca dudaban a la hora de abrir fuego sobre cualquiera que intentara la huida.

Nos ordenaron recoger sus cuerpos y llevarlos a las fosas que había cerca del Campo de Concentración. Allí, sin tiempo para palabras ni rezos, les dimos sepultura. Como represalia por el intento de huida, nos

castigaron a todo el barracón a trabajos extra, por lo que tuvimos que seguir con las tareas durante la noche haciendo de aquella jornada un día de trabajo de veinticuatro horas.

Una de las pocas ventajas que Jesús, Marcelino y yo, teníamos como un trato preferente, era que nos podíamos ver y charlar detenidamente a la hora de comer, los momentos de explanada y en el barracón, a la hora de dormir.

Era especialmente en este último lugar donde desahogábamos nuestras penas y nos dábamos ánimos mutuos para seguir adelante, llorando y riendo, soportando en pocas palabras la vida y nuestra fortuna de no caer como estaban haciendo, a miles, mucha gente ante nuestros ojos. Se nos unían los compañeros, especialmente Francisco Feijoo, buen tipo y de carácter como el nuestro.

Pero Jesús seguía yéndose a pique.

Apenas nos contaba lo que le sucedía en la jornada de "trabajo", decía que era para no hacernos sufrir y le creíamos.

—¡Si vierais las barbaridades a las que me obligan! ¡Estoy atentando contra todos los principios morales, éticos y humanos contra los que me comprometí a luchar!

Y no cesaba en sus llantos. Ni en sus vómitos. Todas las noches.

A la mañana siguiente descubrimos lo que significaba aquel número en nuestros trajes.

Un nutrido grupo de soldados nos llevaron a todos los ubicados en el barracón número 7 a la presencia del Servicio Médico. Allí nos esperaba una pequeña sorpresa.

Al frente de todo el Servicio Médico, estaba Friederich Ulm, esperando con paciencia que todos los del barracón 7 nos adentráramos. Los doctores del Campo esperaban tras su figura. Cuando vio a Jesús entrar entre el grupo le dijo que se uniera al Servicio Médico, pues requerían de su labor.

En un alto y claro alemán nos dijo:

—Señores, ustedes pertenecen al barracón número 7. Unos privilegiados. Primero por poder prestarnos sus servicios sin ser nazis y segundo por mantenerse con vida a costa del 3er Reich. Hace un tiempo tuve el placer de visitar un Campo de Concentración hermano a este: Auschwitz. Lo ocurrido hace dos días me llenó de tristeza. No esperaba que ustedes, prisioneros de confianza, intentaran huir. Resultado: dos muertos. Es por ello que pienso aplicar en ustedes y solo en ustedes, un sistema común que se aplica en el campo de Auschwitz: un tatuaje identificativo. —comentó con plácida sonrisa.

Se escucharon pequeños ruidos entre los que éramos del barracón.

—Ruhe ¡¡Ruhe!! —grito

Todos guardamos ruhe, que significa silencio. Más nos valía aceptar el destino y la orden, quizá así algún día podríamos comentárselo a nuestros nietos, si sobrevivíamos.

Comenzamos a pasar en tres filas, hacia donde se encontraban los médicos y estos con agujas nos taladraban la piel y la carne del brazo, justo en la parte interior del brazo, entre el cubito y el radio. A continuación pasaban tinta sobre la superficie sangrante, para que la tinta penetrara y quedara bajo la piel.

Cuando me llegó el turno a mí, intenté resistirme y el Arbeitsdienfuhrer se aproximó a mi oído:

—Gefallt Dir die Nummer nicht, die ich Dir zugeteilt habe? Wähle Du die Nummer, die Du für den Rest deines Lebens tragen willst...

Levante la mirada ante la pregunta que me estaba formulando y le miré directamente a los ojos, mientras traducía mentalmente lo que me había dicho en alemán:

—¿No te gusta el número asignado? Elige tú el número que quieres llevar el resto de tus días...

Con un gesto de la cabeza afirmé que "sí". Quería tener el privilegio de elegir el número que me tocaría llevar pegado en la piel y anclado en el alma durante el resto de mis días. Permanecí unos instantes callado y luego decidí:

—Me gustaría que fuera...

Una alarma sonó en el Campo y todos se pusieron en alerta. Sonaba una bocina de manera atronadora y ensordecedora. El Arbeitdeinsfuhrer hizo que todos corriéramos de nuevo de regreso a nuestro famoso barracón número 7. Por el momento nosotros nos habíamos librado de aquella marca y, lo que era aún mejor, de su tortura.

Poco nos importó a todos los presentes el motivo de la alerta. Lo que de verdad nos resultó providencial era haber conseguido salvar el pellejo. Al menos durante un tiempo y nunca mejor dicho. Francisco Feijoo también tuvo suerte y se libró como nosotros.

Pasaron unos días, en los que Friederich Ulm no nos recordó para nada. Estábamos seguros de que no nos había olvidado, pero al menos nos había otorgado unos días de respiro y por ello, cada uno seguía atendiendo a sus misiones asignadas en el Campo de Concentración.

Incluso le asignaron a Marcelino otra tarea extra de muy complicada realización.

Cuando los Servicios de Comunicación funcionaran sin problema y no tuviera que transcribir mensajes o enviarlos, debía poner en orden las fichas y anotaciones de los prisioneros del Campo de Concentración.

Entradas, salidas, datos personales, raza, sexo, lugar de procedencia, edad y ubicación dentro del Campo o destino final que se le otorgaba. Además, si moría, por qué y cuándo lo hacía.

Cada ficha de ingreso escrita a mano, pasaba por sus manos y era pulcramente pasada a limpio, detallando la vida y la muerte de muchos de los que pasaban por el Campo de Concentración.

Él, con cuidado, intentaba que cada pequeño cartoncillo que pasaba por sus manos se mantuviera en el mejor estado posible. Al fin y al cabo aquello era un pedazo de la historia de algún hombre que había tenido un principio, pero todos deseábamos con el alma que la humanidad conociera su final, para que se hiciera, posteriormente, justicia.

Por ello, intentaba muy a menudo y cuando no había posibilidad de que le localizaran y tomaran represalias sobre él, duplicar y ocultar fichas

de prisioneros en el Almacén de material de comunicación, para de esta manera, si algún día el Campo era localizado y la barbarie terminaba, se tuvieran referencias sobre lo ocurrido en aquel lugar.

De este modo, Marcelino llego a entender y conocer la vida de personas de diecisiete países distintos. 50.000 personas.

En silencio, sin que nadie lo supiera, excepto Jesús y yo, construyó un archivo con la historia en miniatura, en cartón, de muchos de los prisioneros del Campo de Concentración de Natzweiler-Struthof. Un lugar que era lo más parecido al infierno.

Dos días más tarde el Arbeitsdienfuhrer, que es de los que no olvida, se aproximó a nosotros para recordarnos, en un perfecto alemán, que aún no teníamos tatuado lo que él denominaba su "número de prisionero", que lo pensáramos con calma y tranquilidad, pues como no teníamos prisa, ni posibilidades de escapar de allí, no nos iba a presionar, pero que si habíamos pensado salir de allí sin su número, antes lo haríamos muertos.

Esbozó una gran sonrisa de satisfacción y giró sobre los pasos que le habían traído hasta donde nos encontrábamos, deshaciendo el camino de maldad que portaba.

Yo, por mucho que quise callarme, disimular y bajar el tono de voz, pronuncié con tono de desprecio e ira, saliendo de mis adentros:

—¡Mal nacido! ¡Hijo de puta!

Friederich Ulm se detuvo en seco, giró primero el cuello para observarnos y después giró sobre sí mismo encaminándose hacia nosotros. Acerco su cara a la mía y con los ojos llenos de rabia dijo en un perfecto español:

—Perro, no muerdas la mano del que te da de comer o lo vas a pasar mal, pero que muy mal. Hasta luego, perros, y los únicos hijos de puta que hay aquí sois vosotros: españoles republícanos de mierda. —giró sobre sí mismo y se alejó riéndose a carcajadas.

Marcelino, Jesús y yo nos quedamos de una pieza cuando le escuchamos hablar un perfecto español. El cabronazo de Friederich Ulm no sólo nos tenía en sus manos sino que tenía el control hasta de nuestras

palabras. A partir de entonces extremamos el cuidado cuando hablábamos, intentando ser discretos y tener muy claro qué, cómo y cuándo decir las cosas.

Lo dicho, aquel Campo de Concentración era el infierno y Friederich Ulm era el mismísimo diablo...

Capítulo 3

Pasé los siguientes días encerrado en la oficina de la Escuela de Archivos Históricos que amablemente me había cedido Isabelle Diuu, para que continuara, como ella decía, "con la tontería de tirar por la borda unas vacaciones en Paris".

No sé si aquella frase dicha en boca de aquella mujer, podía haber sido la invitación a otra cosa. Lo que sí tenía claro es que me tocaba, por lo menos, tener el detalle de invitarla a cenar una de estas noches, por las muchas molestias que la estaba provocando.

Pero mi mente estaba en otro lugar. Repasé con obsesión y cuidado cada página, cada archivo, cada documento que hallaba dentro de aquella habitación, pero no conseguí encontrar más información que me permitiera adelantar en mi búsqueda, ni ninguna otra pista que me aportara algo de claridad en todo este asunto.

Una voz familiar me interrumpió.

—Bueno qué. ¿Nos vamos a comer hoy por ahí o tienes pensado pillar más polvo aún entre tanto papel viejo? Obseso, que eres un obseso...

Era cómo no, mi amigo Marcos que acudía al rescate de su colega.

Cerré las pastas del viejo tomo que tenía entre las manos y surgió una nube de polvo que inundó la habitación. Eso que flotaba también era historia, aunque parezca mentira.

—Tienes razón, gordo. Vamos a darnos un homenaje como tú te mereces, que desde que he venido he estado obsesionado con este tema.

¿Qué te parece si te invitó a comer a uno de los restaurantes más lujosos de Paris?

—¿No me estarás invitando a La Tour d'Argent? —dijo Marcos sorprendido

—A la Tour d'Argent ésa o a la Torre del Oro de Sevilla, que para algo están los amiguetes.

—Estás desconocido Ramón.

—¡Bah! uno que tiene su "chance".

—Vamos pues, antes de que te arrepientas.

—Oye... ¿Te parece bien que invitemos a Isabelle Diuu? Lo digo porque la estoy braseando y no me parece un mal detalle por mi parte darle la pequeña alegría de invitarla a cenar con nosotros.

Me miró con cara de cuajo. Esa es la cara que se suele poner cuando un amiguete que conoces de toda la vida, te quiere convencer de algo increíble.

—¿Qué andas buscando, demonio? —me preguntó frunciendo el ceño, además del gesto anterior.

—De bien nacido es ser agradecido. O me vas a negar que no la esté braseando y que fuera todo un detalle por mi parte.

—Venga va, corre a avisarla. Yo, con tal de comer en la Tour D'argent, como si quieres traer a un autobús de japoneses. Estoy dispuesto a aguantar lo que sea con tal de darme el caprichazo.

Salí de la oficina y me dirigí al despacho de Isabelle Diuu que estaba al otro lado del edificio. Golpeé suavemente con los nudillos sobre la puerta entreabierta del despacho. La mesa de su Secretaria estaba ya vacía pues el personal se había marchado.

Asomé la cabeza y la vi sentada frente a su mesa de despacho, con el pelo suelto después de la jornada y una luz tenue de la tarde que entraba por los ventanales que tenía a sus espaldas. Aquel ambiente hizo que la prestara atención, cosa que no había hecho hasta el momento. Era

una mujer bella. De curvas perfectas. Labios definidos. Joven y en plenitud. Un coctel maravilloso.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó intrigada al haber percibido una silueta en la puerta de su despacho.

Durante unos instantes debí parecer tonto, mirándola embelesado medio escondido tras la puerta.

—¿Se puede saber quién es? —volvió a preguntar, esta vez ya con un tono mas seco y tajante, intentado zanjar la incómoda situación que le suponía no recibir ninguna contestación a sus requerimientos.

—Isabelle, buenas tardes —le contesté suavemente, tras haber regresado de mi mundo de locas imaginaciones.

—¡Ah! Ramón. ¿Qué te pasa? ¿Necesitas algo?

—Marcos y yo nos vamos a dar el capricho de ir a cenar por el centro. ¿Te apetecería venir con nosotros? Yo te invitó. Una pequeña compensación por todas las molestias que te he ocasionado en estos días.

—Bueno yo es que... —se disculpó.

—No, no. Sin compromiso. Si tienes algo pendiente adelante. Yo lo decía tan sólo por si te apetecía pasar una tarde apacible.

Torció el gesto de su cara y a continuación me dijo:

—Por supuesto que voy. La cita que tenía puede esperar. De hecho, normalmente, siempre tengo que esperar yo. Así que como castigo, hoy me doy el capricho de irme con vosotros y darme el gustazo de cenar en el centro.

—Por supuesto pago yo.

A las 8 de la tarde nos encontramos en la puerta de la Escuela de Archivos Históricos y nos marchamos a cenarnos y bebernos la noche. Cuando comentamos a Isabelle donde íbamos a cenar, se mostró absolutamente entusiasmada pues no se había dado el capricho de ir a la Tour D'Argent, a pesar de vivir allí.

Yo no conocía el restaurante, pero como el cachondo de Marcos había dicho: —¿No me estarás invitando a la Tour D'Argent? —por no hacerle un feo le dije que sí. Pero cuando vi el lugar me comenzó a doler los bajos de los bolsillos. Aquello me iba a costar un riñón y medio...

Entró primero Isabelle, Marcos detrás y yo en último lugar. El maître nos acomodó en un plácido y tranquilo rincón.

Tras unos instantes apareció el somelier con una increíble carta de vinos que puso a nuestro alcance.

Marcos se adelantó a los dos en la intención de coger la carta, para echarle una ojeada.

—Ramón, ¿me dejas escoger lo que bebemos y cenamos? —preguntó.

Mire a Isabelle y asintió con un gesto de sus hombros, dando a entender que le era indiferente la elección.

—Eso lo hacen los críos de 15 años, pero tú mismo, venga, escoge. Se supone que debes ser el entendido, por vivir aquí.

Levantó la mano y somelier y maître acudieron raudos y veloces a tomar la nota del encargo. Marcos, entusiasmado, comenzó a pedir:

—Nuestra elección es una botella de un fabuloso Sauternes, un "Château Climens" del 89 acompañando el Foie y un Burdeos "Château Leoville Barton" del 98 para el Cannard.

El somelier y el maître se marcharon raudos en busca de lo solicitado, mientras yo miraba a Marcos con cara de pocos amigos.

—A ver qué has pedido para el pato...

Finalmente cuando llegó el maître y el somelier, nos pusimos los tres a saborear con placer la comida y a beber. Una buena comida, acompañado de muy buena gente y en un lugar ideal. El tiempo transcurrió entre risas, recuerdos y miradas sorpendentes.

La comida se me amargó cuando pedí la cuenta.

—¡Ostias! —me salió del alma.

—¿Qué pasa? —me preguntó Marcos con una sonrisa indecente, no sé si por el vino bebido o porque conocedor del palo que me estaban dando, disfrutaba con ello.

—Nada que no se pueda arreglar, amigo. —le contesté sacando la tarjeta de crédito.

Isabelle nos miraba a ambos como no enterándose de la situación. O quizá también la había afectado el vino.

Aquello resultó un placer para los sentidos, pero un duro palo a mi economía.

La noche había comenzado bien y decidimos tomarnos la penúltima copa y disfrutar del momento, aunque las copas las tenía que pagar Marcos, porque mi cuenta debía de estar tiritando del susto.

Pasamos no sé cuánto tiempo riendo y bebiendo hasta el punto de perder, nuevamente Marcos y yo, la noción del lugar, del momento y tener ganas solo de reír. Isabelle nos acompañaba en la alegría desmedida.

No sé cuál fue el final. Mejor dicho, sí sé cuál fue el final. No tenía ni idea de que había sido de mi amigo Marcos, pero yo había amanecido desnudo al lado de Isabelle en su cama. No recordaba absolutamente nada.

Me levanté y la observé en silencio durante unos instantes, tumbada sobre la cama, desnuda y bella. Maravillosamente atractiva. Tenía un halo de mujer misteriosa que comenzaba a atraerme con locura, pero me cruzó por la mente que aquello seguramente había sido una mera casualidad, fruto del alcohol y que quizá, cuando despertara, mi presencia no la haría tanta gracia.

Me vestí, dejé el café preparado para cuando se levantara, mientras yo me tomaba una taza caliente y continúe un largo rato admirándola. Antes de partir la besé con suavidad en la mejilla a modo de despedida. Ella cambió de postura.

Salí por la puerta de su domicilio. Por cierto, en aquel momento no tenía ni idea de dónde me encontraba. Lo dicho, los designios del alcohol. Decidí, dadas las circunstancias, tomar un taxi.

—Bonjour Monsieur, Al'Ecole Nationale des Chartes.

—Oui, monsieur —contestó, conocedor del lugar el taxista.

Tenía que seguir buscando entre la montonera de documentos, si existía algún mensaje más que no hubiera visto o se me hubiera escapado.

Volví a sumirme en la profundidad de los códigos cifrados, números y letras, buscando desesperadamente algo más acerca del quién, del cómo y sobre todo, del por qué.

Cuando me quise dar cuenta era la hora de la comida y mi cabeza, con la mezcla de alcohol del día anterior y los códigos, requería de una buena sobremesa que me asentara el cuerpo porque el pato que habíamos cenado anoche, parecía pegar botes en mi estómago.

Salí a la calle y me encontré, justo al bajar los escalones, con Isabelle que acudía a su despacho.

—Hola ¡Buenos días! —saludó sonriente.

—Hola, Isabelle ¿todo bien? —pregunté

—Todo perfecto.

—Me voy a comer. Luego nos vemos.

Se quedó con cara de estar un poco extrañada. No tenía claro si era por la contestación dada y mi huida o por lo sucedido la noche anterior. El caso es que dado el apuro que me causaba la idea, no me iba a quedar para comprobarlo.

Comí en un restaurante cercano un menú del día y regrese raudo a la escuela en busca de información. Mi cabeza estaba empezando a dar más vueltas de las debidas con este tema, pero como apasionado de la historia que soy, debía saber hasta dónde me podía llevar ese camino.

Aquel día no conseguí sacar nada más en claro, excepto que cuando regrese al apartamento de Marcos, el tío todavía estaba con la berza de la noche anterior encima.

—¡No vuelvas en mucho tiempo a Paris! —me decía en voz baja, rota —cada vez que estamos juntos terminamos borrachos perdidos y a este ritmo esto es insoportable.

—Has perdido la práctica, Marcos o ¿te tengo que llamar Judas? Porque lo del restaurante ha sido un palo cojonudo y no dije nada porque estaba Isabelle delante.

—Tú mismo me dijiste que nos diéramos un homenaje y cuando un amigo te invita a eso, pues está clara la opción: lo mejor de lo mejor. Por cierto, Isabelle ¿dónde acabó? No recuerdo nada.

—Si te lo digo flipas...

Dudó durante unos instantes y luego frunció el ceño dando por recibido el mensaje que le estaba enviando.

—Estaría borracha, porque si no...

—Pues eso pienso yo y me da vergüenza. Aunque este mediodía estaba de lo más amable y fui yo el que estaba raro. Pero de lo que pasó anoche con Isabelle, palabra que no me acuerdo de nada.

—Lástima.

—Verdad.

Total, que me relajé allí; nos tiramos en el sofá e intentamos recomponer nuestros cuerpos tras el agitado plan de las últimas veinticuatro horas.

Con la llegada del siguiente día, decidí dar el empujón definitivo a aquella locura de papeles y me hundí nuevamente en el oscuro mundo de los números, letras y aquel extraño mensaje cifrado.

Pero tras dar la vuelta a toda la hilera de papeles encerrados en aquella sala, no conseguí sacar nada más en claro en todo el día, de entre todos aquellos documentos. Únicamente aquel extraño e inquietante